



EL FOCO

# Nuestra mochila

EDURNE PORTELA

Ahora que algunos políticos banalizan y mienten, es importante recuperar una visión veraz del pasado y presente vasco y que no haga de las víctimas de ETA un estereotipo o un arma arrojadiza

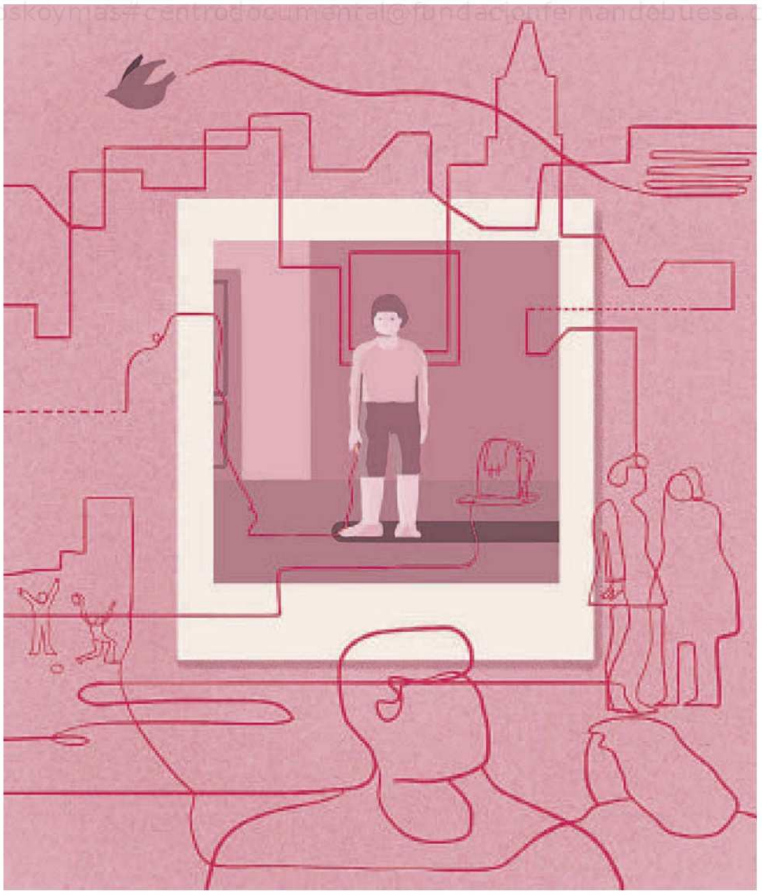

ILUSTRACIÓN: BEA CRESPO

Dentro de dos días se cumple el decimoquinto aniversario de aquel 20 de octubre de 2011 cuando ETA anunció el cese definitivo de su actividad armada. Todavía tendríamos que esperar hasta 2018 para que entregara las armas y se desarticulara por completo. Durante esos años –entre 2011 y 2018– se hicieron públicos en Euskadi una serie de testimonios de víctimas que hasta ese momento habían estado en silencio: algunas porque no encontraban interlocutores ni espacios seguros para narrar su trauma, otras porque eran incapaces de hacerlo. El anuncio de 2011 no era una tregua, era un final en el que ETA, por fin, reconocía que su actividad terrorista no tenía futuro ni apoyos, que estaba derrotada militar y socialmente; desaparecían las amenazas y los escoltas; la calle ya no tenía dueño.

La sensación de que comenzaba una nueva época provocó una catarsis en muchas víctimas que habían permanecido en Euskadi –ya fueran supervivientes, víctimas de persecución o familiares de asesinados–, que sintieron la necesidad de aportar su experiencia al proceso de paz y convivencia. Para que esta catarsis se produjera fueron necesarios apoyos institucionales, como las iniciativas de Julen Mendoza, alcalde de EH-Bildu en Renteria, que durante sus dos mandatos transformó los espacios que habían sido escenarios de una violencia brutal –asesinatos de concejales y civiles por parte de ETA, víctimas mortales de violencia policial, víctimas mortales de fuerzas de seguridad del Estado, supervivientes con lesiones irreversibles causadas por tiros de la Guardia Civil o por bombas de ETA– en espacios para el diálogo y la reparación. Julen Mendoza fue el primer alcalde de EH-Bildu que hizo un homenaje a víctimas asesinadas por ETA, una decisión que fue mucho más que un gesto.

El Gobierno vasco también impulsó programas en cuyo centro estaban las víctimas, como la visita de víctimas a centros educativos para dar sus testimonios o la creación de Gogora –Instituto de la Memoria, la Convivencia y los Derechos Humanos–, que, entre otras muchas tareas, comenzó a recopilar testimonios de víctimas de ETA y de violencia ilícita del Estado.

Parecía entonces que comenzábamos un nuevo camino hacia la convivencia en una sociedad que llevaba demasiados años acostumbrada al silencio, aletargada por una violencia normalizada. La pandemia, sin embargo, supuso un parón y un cambio en las preocupaciones sociales. El debate público sobre nuestro pasado reciente se ralentizó; a pesar de que algunas instituciones siguieron haciendo su trabajo y algunos grupos de diálogo continuaron reuniéndose, en estos últimos seis años el foco ha cambiado a preocupaciones más urgentes: desde la sanidad pública en la época de pandemia a la crisis climática, la crisis de la vivienda, el genocidio en Palestina, la guerra contra Irán, la subida de los precios de productos básicos o el auge de la ultraderecha. Y es normal que nos preocupemos por lo inmediato, pero no podemos hacer como si, por haber desaparecido el hecho violento, la herida no siguiera aún viva, como si, por no haber muertos, no siguiera habiendo víctimas.

Por eso me alegro mucho de que Ander Izagirre haya escrito 'La mochila: Vida de Muñagorri' (Libros del K.O., 2026). En esta crónica, Izagirre sigue la vida de Alberto Muñagorri, el niño que el 25 de junio de 1982 pasó a las doce en punto del mediodía al lado de una mochila que llevaba desde la tarde anterior abandonada a las puertas de una oficina de Iberduero en Renteria. La bomba en la mochila estalló y reventó el pequeño cuerpo de Alberto. A pesar de las graves heridas, sobrevivió, pero las secuelas le han acompañado toda la vida. No daré más detalles de su biografía. Su testimonio es el eje del libro de Izagirre y hay que ir conociéndolo poco a poco, según lo va desgranando el autor, entrelazándolo e hilvanándolo con la historia de Renteria, un microcosmos de todas las violencias que hemos vivido en Euskadi en los últimos cincuenta años.

**'La mochila', de Ander Izagirre, sigue la vida de Alberto Muñagorri, el niño al que reventó una bomba en una bolsa en 1982 y logró sobrevivir**

Desde que leí el libro me di cuenta de la importancia de que se lea en territorios vascos pero también en el resto del Estado. Ahora que algunos políticos de la (ultra)derecha banalizan y mienten, acusando a Pedro Sánchez de pactar con ETA o diciendo que la Puerta del Sol está tomada por 'abertzales', es importante recuperar una visión del pasado y del presente vasco veraz y que no haga de las víctimas un estereotipo o un arma arrojadiza. 'La mochila' es un antídoto contra la superficialidad y la estupidez, también contra la mentira.

Por una parte, la voz del testigo –el principal es Alberto Muñagorri, pero hay otras y otros– nos pone en contacto con la experiencia viva del dolor, nos hace ver que el daño que sufre una víctima del terrorismo es irreparable pero que hay acciones como la escucha, el acompañamiento, la reparación moral o los apoyos institucionales y económicos, que les pueden ayudar a romper el aislamiento y la soledad que han sentido hasta recientemente; les pueden proporcionar los medios que necesitan para seguir viviendo; y que, aunque tarde, cualquier acercamiento que signifique reconocer su dolor es bienvenido.

Por otra parte, la investigación rigurosa de Izagirre –hemeroteca, archivos, testimonios– da un contexto y una perspectiva histórica al testimonio. Si el relato del testigo nos lleva a la complejidad de una vida atravesada por un trauma físico y psicológico difícil de asumir, la investigación que lo acompaña reconstruye la densidad política y afectiva de toda una época, una reconstrucción que, para quienes vivimos aquellos años –Alberto, Ander y yo somos de la misma generación– transpira verdad.

En 'La mochila' Alberto Muñagorri dice: «Me gustaría transformar lo que me ha ocurrido en algo fértil, en algo que ayude a la convivencia». En un testimonio recogido en el archivo de Gogora, una víctima responde así a la pregunta sobre qué papel tienen las víctimas en la sociedad vasca: «Somos el recordatorio, el espejo ético en el que mirarse». Muñagorri, Sara Buesa, Naiara Zamarreño, Josu Elespe, Maixabel Lasa y tantas otras víctimas, también de violencia ilícita de Estado como Pili Zabala o Edurne Brouard, ya han hecho mucho estos últimos años. Ahora queda que, tanto la sociedad vasca como la española cojamos el peso de la mochila y seamos parte de la transformación que desea Muñagorri.

Para ello es necesario abandonar los eslóganes, las interpretaciones superficiales y los planteamientos simplistas y adquirir un conocimiento matizado y profundo. En este sentido, el libro de Izagirre es una herramienta imprescindible.